

UN RECUERDO Á PEREDA



También yo reclamo mi puesto para rendir tributo de admiración al maestro glorioso de la novela española, con cuya muerte visten de luto las letras y las artes.

Porque Pereda, con ser la personificación excelsa de la Montaña, la encarnación de la tradición montañesa en lo que tiene de más típico, singular é inconfundible, y con haber dado á los usos y costumbres de su tierra carta de ciudadanía en la república literaria del universo, salva los linderos de la comarca que él eternizó con sus imperecederas producciones, y sin perder aquel sello suyo tan original, tan peculiar y tan castizo, antes bien, marcándole con caracteres más indelebles, nos pertenece á cuantos hemos apacentado nuestro espíritu en la lectura de sus libros, en los cuales hemos encontrado fuente copiosa é enexhausta de placeres purísimos, sanos y reconfortantes; y nos pertenece, sobre todo, á quienes tuvimos la honra de conocer de cerca al varón ilustre que supo poblar el mundo de la fantasía con tantas y tan vigorosas criaturas como brotaron de su imaginación fecunda.

El Pereda de los libros, con valer tanto, no valía ciertamente más que el Pereda de la vida cotidiana, español neto y castizo, si los hay, hasta por su inolvidable figura de antiguo hidalgo y caballero cristiano animado por aquella robusta fé que mueve de su lugar las montañas.

Si ha habido en el mundo escritores sinceros, pocos lo habrán sido en el más alto grado que el genial creador de *Sotileza*.

De él podemos decir que oírle era leerle: leerle es estarle oyendo.

Las frases suyas, jugosas siempre, parecía que llevaban impresos el calor y la humedad del aliento del alma, para valernos de la delicadísima expresión de un exquisito pensador francés, que ni fué popular, ni lo será nunca, porque su misma elevación se lo impide.

Juzgar la obra portentosa del soberano pintor de paisajes y costumbres montañosas que acaba de bajar al sepulcro, sería presuntuoso por nuestra parte, máxime cuando ya está definitivamente consagrada por la crítica sagaz y penetrante del maestro de los maestros, que se gloria de ser el más fervoroso, el más entusiasta de los admiradores de Pereda.

Pero no hemos de ocultar nuestra firme creencia de que la fama y la popularidad del excelso poeta quisiera cristalizar en forma de arte cuanto hirió su fantasía riquísima y poderosa, lejos de amortiguarse y desvanecerse con el tiempo irán consolidándose y agigantándose cada vez más, como basadas en aquellas cualidades primarias fundamentales que determinan la grandeza y perpetuidad de las obras artísticas y literarias, y no en caprichos efímeros de la moda que imponen despóticamente ciertos gustos; cuyo imperio, por lo fugaz y pasajero, puede compararse con la lozanía de las flores.

Las obras de Pereda, digan lo que quieran los adoradores de lo exótico, sobrevivirán á todos los cambios de gusto: serán verdaderamente inmortales, porque estrin animadas por aquel soplo de vida, que es el secreto de toda creación.

Porque, como dijo de perlas un sugestivo escritor francés, así como para formar al hombre no bastó el limo de la tierra, así tampoco para dar vida á producciones artísticas destinadas á desafiar á los siglos, no basta reproducir con asombrosa fidelidad lo que hay de externo y visible en la naturaleza: es menester que haya allí un espíritu que se escape á la grosería y limitación de nuestros medios de experimentación material.

¡Y con qué grandeza, con qué sublimidad brilla este espíritu bajo la áspera corteza del *Lebrato* y de su hijo, cuando en medio de las tinieblas de la noche, emprenden aquella conmovedora ascensión por los cantiles de la costa, casi cortados á pico, y con resignación maravillosa que subyuga y avasalla el ánimo, se ponen en las rnanos de la Providencia Divina, con la confianza absoluta que revelan las palabras del *Lebrato* al emprender la espantosa subida, las del *Fosco* al hacer

un alto poco antes de terminarla, y exclamar con prodigiosa sencillez bíblica:

—«Dios no puede habernos dejao llegar hasta aquí, por solo el gusto de que nos despeñemos de tan alto.

»Pudo haber acabao con nosotros mucho antes, y no acabó.»

La impresión que me han producido estas palabras cada vez que las he leído en una de las páginas más hermosas de *La Puchera*, es de las que no se borran.

No me extraña que Boris de Tannenberg, en la semblanza que hizo del maestro en la *Revista Hispánica* de París, afirmase que no se atrevía á traducirlas, por temor de privarlas de su mayor fuerza y de su mayor encanto.

Libros en que se contienen cosas tan grandes y tan bellas, son verdaderamente libros inmortales.

Estos son los que, lejos de deprimirnos el ánimo nos lo levantan y fortifican, y lo dejan preparadopara afrontar valerosamente las luchas de la vida, sin huir cobardemente de ellas, ni sumirnos en honda y malsana melancolía que enerva las fibras de la voluntad y nos incapacita para toda acción noble y generosa.

De todas las obras de Pereda se exhala este aliento regenerador y saludable, y por eso quien las lee, no se contenta con admirar al autor, sino que se siente atraído a él por dulce é invencible simpatía.

La tuve muy viva y muy ferviente por el ilustre novelista desde que en los días ya lejanos de la adolescencia cayeron, por vez primera, en mis manos sus libros peregrinos.

Desde entonces, aún antes de conocerle y tratarle personalmente, le consideraba como una de las personas que más irresistiblemente habían ganado mi respetuoso afecto.

Acrescentóse esto con el andar de los años, y con el trato del maestro, cuya amistad estimé siempre como una de las honras más enviabiles á que podía aspirar en la vida.

No se me olvidará jamás la última vez que le vi, á fines del próximo pasado mes de Enero.

Estaba ya el varón excelso minado por la enfermedad que le llamaba al sepulcro.

Apenas podía entendersele sin esfuerzo, lo que decía; y al ver la ruina que avanzaba á pasos agigantados, al notar que aquel grande espíritu no tardaría en alejarse de nosotros, y en abandonar la carcel de

su cuerpo, oprimiase el corazón lo que no es decible, y tenía que hacer no pequeños esfuerzos para contener las lágrimas que pugnaban por brotar de mis ojos.

Aquella visión se me grabó con tal intensidad en mi mente, que se me muestra reproducida á cada momento sin que falte el más mínimo detalle.

Todavía el caballero sin tacha, el amigo noble y generoso quiso darme una prueba de su afecto, y después de trazar con lapiz y con mano temblorosa una expresiva dedicatoria que me ruboriza por lo inmerecida y apasionada, me entregó un ejemplar del último ejemplar suyo que se había publicado pocos días antes.

¡Libro querido, reliquia venerable!

¡Con qué elocuencia, con qué unción, con qué efusión maravillosa me hablas del egregio novelista cuya pérdida lloramos!

CARMELO DE ECHEGARAY

Guernica 4 de Marzo de 1906.

